

# PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DEL TRABAJO SOCIAL EN CHILE. DE HISTORIA, FEMINIZACIÓN, FEMINISMOS Y CIENCIAS.\*

SOCIAL WORK CONSTRUCTION PROCESSES IN CHILE. FROM HISTORY, FEMINISM AND SCIENCES

CORY MARCELA DUARTE HIDALGO\*\*

## Resumen

El artículo aquí presentado realiza en una primer instancia una revisión histórica de la construcción del Trabajo Social en Chile. A la vez, intenta relacionar la feminización del Trabajo Social con las dificultades existentes para el reconocimiento científico de la disciplina. También se aborda la participación de las mujeres en las ciencias y cómo esta presencia o ausencia ha repercutido en la inclusión o exclusión de las mujeres en otros ámbitos.

Se realiza un análisis desde perspectivas feministas, las que permiten visibilizar las exclusiones que han vivido históricamente las mujeres. Desde los feminismos se plantean el desarrollo de nuevas epistemologías en las que emerja un sujeto histórico y político, situado en contextos particulares.

El documento finaliza con la relación entre el Trabajo Social y las perspectivas feministas, y cómo estas entregan respuestas para el quehacer profesional, explicitando los compromisos y posicionamientos que la intervención profesional requiere.

**Palabras clave:** Trabajo Social – género – mujeres- ciencia –feminismos.

## Abstract

The article presented here carries out, in a first instance, a historical review of the construction of Social Work in Chile. At the same time, it attempts to relate the feminization of Social Work with the difficulties of scientific recognition of the discipline. It also addresses the participation of women in science, and how this presence or absence has affected the inclusion or exclusion of women in other fields.

An analysis from feminist perspectives, which allows visualizing the exclusions that women have historically lived, is carried out. From feminism, the development of new epistemologies in which a political and historical subject emerges situated in particular contexts, is posed.

\* Artículo de reflexión en el ámbito de la Historia de las ideas en Trabajo Social

\*\* Asistente Social, Licenciada en Trabajo Social. Máster en Trabajo Social Comunitario y Gestión de Servicios Sociales, Máster en Inmigración, refugio y relaciones intercomunitarias; Máster en estudios feministas. Doctoranda en Trabajo Social por la Universidad Complutense de Madrid. Directora Departamento de Trabajo Social Universidad de Atacama, Chile. Correo electrónico: cory.duarte@uda.cl

The document ends with the relationship between Social Work and feminist perspectives, and how they provide answers for the professional task, expliciting commitments and positions that require professional intervention.

**Key words:** Social Work - gender - women-science-feminism.

## Introducción

Resulta interesante preguntar cuál es la imagen que se tienen en el imaginario colectivo respecto de la persona que ejerce el Trabajo Social. Algunas respuestas están teñidas de una serie de prejuicios y experiencias negativas, en otras existe un reconocimiento respecto de la labor del Trabajo Social. Pero siempre, o casi siempre, la imagen corresponde a una mujer.

La trabajadora social, la asistente social, la visitadora social es parte importante de la historia de nuestras regiones. Ellas han sido la cara visible de la implementación de las políticas sociales, ellas han urdido prácticas y conocimientos con las poblaciones más vulnerables de nuestros países.

Desde sus comienzos, el Trabajo Social ha presentado una historia relacionada con las exclusiones y las marginaciones. No sólo en lo que respecta a la intervención social realizada, sino también en cuanto al reconocimiento como disciplina científica, intentando relegarle a un segundo o tercer plano.

La hipótesis central de este artículo, es que esa desvalorización tiene relación con la feminización de la profesión del trabajo social en particular, pero que en lo general es extensible a otras profesiones relacionadas con lo social, o que cuentan con características atribuibles a “lo femenino”.

En este artículo se hace una exploración de la historia del Trabajo Social en Chile, con base en dos puntos de análisis: por un lado, las características del surgimiento de la profesión, y por otro, las conexiones entre quienes ejercían la beneficencia y la asistencia social con la participación política de las mujeres pertenecientes a las elites en los albores del siglo veinte en Chile.

Otro elemento de la reflexión, hace referencia a la exclusión de las mujeres en la labor científica. Este tema se revisa a la luz de los aportes de teóricas feministas como Sandra Harding, Donna Haraway y Celia Amorós. Las autoras señaladas exponen la invisibilidad de las

mujeres en el ámbito científico y cómo esto ha derivado en el desarrollo del conocimiento. Sus visiones permitirán revisar sucintamente el papel de las mujeres en las ciencias, y lo que ello representa, en cuanto a la visión que se tiene de las mismas.

Se debe advertir que el artículo representa una aproximación inicial al tema, debido a que sorprendentemente, la relación entre género y Trabajo Social no es un contenido lo suficientemente abordado en la profesión, más aún, en su relación con la figuración de las mujeres en las ciencias, el Trabajo Social aborda las temáticas de género desde las problemáticas sociales sin lograr hacer al respecto una consideración epistemológica.

Comprender cómo se ha desplegado la relación entre género y desarrollo profesional, requiere de una revisita contextual de los inicios del Trabajo Social en Chile. Sin embargo, antes de iniciar el ejercicio reflexivo se deja establecido la consideración de la noción de género como “uno de los factores estructural y estructurantes que perfilan la posición social, el reconocimiento y el valor de la práctica de una profesión” (Lorente, 2004: 39). El género, por tanto, resulta esencial para lograr entender la valorización pasada y actual de la profesión del Trabajo Social; y es por esto que se establece como un elemento transversal a lo largo de este artículo.

## 2. Nacimiento del trabajo social en Chile: una historia desde las mujeres

Para comenzar con la reflexión aquí propuesta, se debe señalar que la historia del Trabajo Social en Chile ha presentado distintas fases y etapas. Al aplicar en el análisis la clasificación trabajada por Leyton y Montt, se identifica como primera etapa la denominada “caridad”, en la que el clero y las organizaciones religiosas monopolizaban la ayuda social, canalizando las donaciones y condensando la intervención. Durante esta fase, la acción social estaba marcada por un fuerte carácter moral y por una lógica excluyente; la Iglesia Católica intentaba disciplinar y mantener a sus fieles, lo que le permitía mantener y reproducir su hegemonía (Leyton y Montt, 2008: 19). Una segunda etapa es denominada como “beneficencia”, la que se sitúa a comienzos del siglo XX, produciéndose en ella una convivencia entre los preceptos científicos y la caridad; durante esta fase, las mujeres ligadas a la Iglesia realizan una primitiva intervención social de manera voluntaria. Finalmente, los mismos autores señalan la existencia de una tercera etapa denominada “Asistencia Social” marcada por la profesionalización del servicio social.

Así también, a lo largo de esta revisión haremos alusión a lo que Castañeda y Salamé (2010) identifican como una primera fase en la formación en trabajo social, la denominada “de la beneficencia a la profesionalización”, cuyo período transcurre entre los años 1925 y 1960, iniciándose con la fundación de la primera Escuela de Servicio Social en Chile.

El artículo centra su mirada en el período de beneficencia (según la distinción de Leyton y Montt) y la fase señalada por Castañeda y Salamé, con tal de reflexionar en ellas respecto de la temática que alude este documento.

En los años en que transcurre la fase de beneficencia, el rol de las mujeres tenía relación con la misión construida para ellas por el patriarcado hegemónico dominante, circunscribiéndolas a un espacio doméstico que potenciaba la responsabilidad de los cuidados como privativos de las mujeres, reconociéndoles “una cercanía particular en sus funciones y significados en relación con aquellos ámbitos ligados a la protección social, a la ayuda y al cuidado de la ciudadanía” (Lorente, 2004: 46). Esta visión de las mujeres permitía al Estado desvincularse de aquellas funciones relacionadas con los cuidados, pauperizando la intervención estatal en la cuestión social.

Algunas mujeres, particularmente las de clase alta y de fe católica, asumen la asistencia a los y las pobres como un deber asociado a quienes ostentaban la característica de buenas cristianas. De esta forma, se promovían ideologías y relaciones de género “adecuadas para la construcción y legitimación del modelo económico y del sistema político de dominación” (Rocha, 2002). Las acciones desarrolladas por estas mujeres permitían sustentar el modelo económico de desigualdad, reforzando la idea de que la función cuidadora le era propia, pero también constituía la forma de transmitir el discurso ideológicamente imperante que lograba mantener el control social, utilizándoles como tutoras del mismo e informantes estratégicas en situaciones que rompían el equilibrio establecido.

Las “buenas señoras” educaron y formaron generaciones de personas en situación de pobreza y precariedad, sentando las bases de los primitivos servicios sociales en una especie de maternidad profesionalizada (Rocha, 2002), influenciada en gran medida por la visión del apostolado y por el apropiamiento de un espacio que correspondía casi exclusivamente a las congregaciones e instituciones religiosas.

Las “mujeres de buena voluntad”, a partir de esta profesionalización del rol materno, se configuran como un puente entre las esferas de poder y los sectores más pobres. En este sentido, es posible establecer un traspaso de la función de la mujer desde la esfera privada, como protectora de la familia, hacia la esfera pública cumpliendo un rol que casi por “naturaleza” les correspondía. El discurso de la época exhortaba a las mujeres de las élites a asumir la función social de mediar y disminuir los conflictos encargándoles la atención de los y las más pobres apelando a “su naturaleza catalogada como sensible y afectuosa- considerados como rasgos propios de su feminidad”, rasgos que cobraban aún más sentido en una “época de tensión y huelgas, de represión policial, de hambre y muerte popular” (Illanes, 2007: 184).

Las distintas organizaciones que prestaban asistencia configuraron un espacio de prácticas pre-científicas conducentes a garantizar la salud de niños y niñas en los primeros años de vida.

Estas funciones asociadas a la puericultura buscaban “disciplinar y controlar las prácticas de las mujeres populares en tanto agentes cuidadoras de sus hijos”, así también, se intentó el promover una “forma de maternidad particular” asociada a la imagen de buena esposa y buena madre, acorde a lo que el patriarcado indicaba. Sin embargo, estas formas ideales estaban en contradicción con las condiciones materiales en las que se ejercía la maternidad, marcadas por la pobreza, desnutrición y abandono de las clases populares de aquellas épocas (Leyton y Montt, 2008: 27).

La legitimación del sistema político y económico de dominación tuvo un punto de apoyo en los incipientes movimientos de mujeres, específicamente en el denominado “feminismo católico”. Este movimiento encarnó la idea de “maternidad social” ligada al culto mariano. Las feministas Católicas desde el punto de vista de Salazar se transformaron en “hermanitas de la caridad (hadas madrinas) que pudieron recorrer la miseria de los conventillos llevando fraternidad a todas las madres e hijos desamparados y marginados por la acumulación mercantil” (2002: 132). El feminismo católico forjó la alianza establecida entre Iglesia y Mujeres de clase alta para contrarrestar la cuestión social, consolidando una “díada histórica que empujó a la realización de dichas prácticas gratuitas de intervención social” por parte de estas mujeres (Leyton y Montt, 2008: 21).

Durante el mismo período, el movimiento sufragista comienza a tomar forma, conformado casi exclusivamente por mujeres pertenecientes a las élites. El sufragio femenino es conseguido en Chile en el año 1934 permitiendo que las mujeres sufragaran en las elecciones municipales; sin embargo, el voto en las presidenciales fue más tardío, el cual es conseguido recién a partir del año 1949.

Según el historiador Gabriel Salazar, ni la maternidad social (Salazar y Pinto, 2002) transformada “en el lado oscuro del capital”, ni el movimiento sufragista, lograron convertirse en posiciones políticas formales debido a que ambas no superaron el ámbito privado, puesto que el espacio público estaba destinado a lo masculino, en tanto dominio de los “intereses relativos a la mantención y aún salvación del patrimonio mercantil” (González, 2010: 47), cualquier intención relativa a instituir la acción de las mujeres en una acción de orden político no podía convertirse más que “en una demanda puntual, desprovista de carne social e histórica verdadera” (Salazar y Pinto, 2002 : 136).

En contraposición, Erika Maza (1995) postula que las actividades de beneficencia de los primeros años del 1900 sí constituyeron una posición política desde los grupos de mujeres, transformándose en un medio de militancia político-religiosa en las que las mujeres, de mano de la Iglesia Católica, formaron ligas y sociedades de apoyo a sindicatos y patronatos, entregando además apoyo y alimentación a mujeres e infantes en condiciones de pobreza y miseria, siendo relevante su rol en la educación y formación de otras mujeres. Dado lo anterior, puede quedar

la sensación de que sólo existían acciones de beneficencia desde el catolicismo, lo que no es del todo cierto, puesto que se debe reconocer que mujeres ligadas a grupos masones y radicales emprendieron acciones similares en regiones del país distintas a la metropolitana.

La acción benéfica fue forjando la acción política, y las distintas organizaciones dieron paso a demandas relacionadas con posturas feministas, denunciando la exclusión de las mujeres en la vida pública. Tal escenario era el que correspondía a los años en que se forma la primera escuela de Trabajo Social (1925), entregándose tan sólo seis años más tarde (1931) el derecho a voto a las mujeres propietarias, lo que debido al contexto político de ese momento en Chile no fue posible de concretar. Los grupos de mujeres presionaron para la eliminación del requisito de propiedad, logrando una nueva ley de sufragio para las elecciones municipales en el año 1934 (Maza, 1995).

Retomando el análisis desde la historia del Trabajo Social en Chile, es preciso incorporar el proceso de “laicización de lo social” señalado por Estela Grassi (1995), el cual rompe con el mandato de la fe. Durante este proceso, la acción social se convierte en una actividad más “racional”, fuertemente ligada a las prácticas médicas y parajurídicas, acordes a la realidad de finales del siglo XIX y comienzos del XX, período en el que la sanidad no estaba extendida y el país ostentaba vergonzosas tasas de mortalidad infantil. En los mismos años la población chilena era azotada por la aparición de epidemias, las consecuencias de la guerra del Pacífico, el cierre de oficinas salitreras y la instauración de diversos gobiernos Oligárquicos en los que el Estado no tenía preocupación alguna por la implementación de políticas sociales.

Para enfrentar lo anterior, se produjeron cambios en la legislación chilena, iniciando reformas civiles mediante leyes sociales de seguro, subsidio y previsión social. La pérdida de influencia de la Iglesia Católica, y la participación de las mujeres de élites en los cuidados de las personas más pobres, entre otros elementos políticos y sociales, forjaron el escenario propicio para el nacimiento de la primera escuela de Servicios Sociales en Latinoamérica.

La escuela fundada en el año 1925, bajo el alero del médico belga Alejandro del Río, pretendía formar “Visitadoras Sociales”, que prestasen atención ligada al campo médico-social. La influencia europea es notoria en los programas del plan de estudios de dos años de duración. Las asignaturas contenían elementos formativos en el área de la salud (cuidado de enfermos, higiene, alimentación), el derecho, contabilidad, entre otros saberes; además la formación contemplaba dos prácticas: “de secretaría; y una práctica profesional de corta duración que consistía en visitas a instituciones para que la estudiante tomara contacto con los necesitados, con los problemas y con los recursos existentes” (Castañeda y Salamé, 1995: 03).

La importancia de esta escuela es que su nacimiento en Chile, marca el inicio de la institucionalidad profesional del Trabajo Social en Latinoamérica, y un hito en la forma de

percibir el Servicio Social, ya que se configura como una escuela laica, perteneciente a la Junta Central de Beneficencia, de carácter semi-fiscal, y ligada a Médicos de origen Belga (Torres, 1985).

Cuatro años más tarde, se funda la escuela de Servicio Social “Elvira Matte de Cruchaga” dependiente de la Universidad Católica de Chile, y cuya formación respondía al modelo de servicios sociales utilizado en Estados Unidos. La principal misión de la escuela era la formación de visitadoras sociales que “ejercieran una labor de apostolado, atendiendo de preferencia el aspecto moral y el perfeccionamiento del individuo, según los fundamentos de la religión católica.” (Maidagán, 1975; citada en Castañeda y Salamé, 1995: 03). El currículum incorporaba asignaturas teóricas como religión, sociología, psicología y pedagogía, así como otras de carácter práctico tales como “tratamiento de caso social e individual”, “técnicas de oficina”, “atención de enfermos a domicilio” y “costura y trabajos manuales” (Castañeda y Salamé, 1995: 04).

Estas primeras escuelas tenían una serie de similitudes y diferencias: ambas compartían “el espíritu modernizador del Estado asistencial” y la “intervención científica de la miseria” (González, 2010). Sus mayores diferencias tenían relación con las distintas ópticas que encarnaba cada institución. La escuela laica aspiraba a la neutralidad en la intervención de los problemas sociales, el establecimiento del modelo biomédico y del enfoque higienista. Por otro lado, la escuela católica rechazaba la neutralidad y formaba visitadoras sociales inspiradas en la doctrina católica, los valores cristianos y con un énfasis en los problemas morales de las personas (González, 2010).

Las primeras Visitadoras Sociales, cumplieron un rol anexo a la labor del profesional médico o abogado, y si bien es cierto que se nutrían de la visión cientificista y asistencialista de aquellos años, también lo es que su rol era auxiliar frente al protagonismo de otros. Este nivel secundario no logró mermar la labor realizada por aquellas mujeres, las que debido a su experticia en la intervención de lo social, propiciaron una mayor coordinación entre las esferas de poder, sobre todo a nivel gubernamental, consolidándose en el uso político del género femenino (Illanes, 2007: 297). Así también, las visitadoras se vieron sumidas en una paradoja, relacionada con los distintos roles que debía de cumplir: “por una parte, fueron fuertes impulsoras de la ciencia, la racionalización y el progreso; por la otra perpetuaron los valores más tradicionales sobre la condición de la mujer, las clases sociales y la supuesta miseria moral de los pobres” (González, 1995: 36)

Durante este período, se produce un cambio no menos importante en la composición del cuerpo de mujeres en Asistencia Social. La creación de instituciones de educación permite el ingreso a mujeres provenientes de clase media, facilitando el aumento del número de personas que intervenían en lo social. Esta situación “rompió con una estructura simbólica

que se había impuesto desde fines del siglo XIX, en la cual la ayuda a un tercero se distinguía por su gratuidad” (Leyton y Montt, 2008:25). Ante lo expuesto se puede afirmar que en el fondo el asunto se centró en la tensión trabajo remunerado/trabajo voluntario que opera en los habitus de las mujeres de élite; trabajo remunerado que era visto como castigo, ilegítimo, para la mujer, y el trabajo voluntario, visto como signo de distinción (de caridad) aún bajo la influencia de la fe.

En el año 1942 se crean cuatro nuevas escuelas dependientes del Ministerio de Educación. En 1945 se crea la primera escuela de carácter Universitario, la que dependía de la Universidad de Chile, ubicada en la ciudad de Valparaíso (Castañeda y Salamé, 1995: 04). El nacimiento de estas escuelas de Servicio Social, permitió una modernización de las prácticas en la especialización del conocimiento técnico y la sistematización de los saberes (Leyton y Montt, 2008: 27).

## Conocimiento científico excluyente: la negación de las mujeres

En la discusión sostenida acerca de la epistemología de las ciencias sociales, cabe preguntarse acerca de sus orígenes, y cómo estas han tenido un conflicto permanente con los defensores de las ciencias de la naturaleza en cuanto a la mayor validez y fiabilidad de las mismas, a través de la utilización de procedimientos estandarizados y replicables tras la utilización del método denominado científico. Bastante se ha tratado sobre la validación de las ciencias sociales, y sus características, desde las más diversas corrientes y escuelas teóricas, a pesar de esto, persisten temas que no se tratan y se marginan, temas en relación al objeto de ese conocimiento y a las formas de conocer.

La discusión científica corre el peligro permanente de perderse en la competencia de uno u otro método, en la neutralidad, o en el establecimiento de objetos que sean válidos de conocer científicamente, dejando de lado posicionamientos y reflexiones desde lo valórico, político e histórico, elementos que de una u otra forma, afectan el devenir de las ciencias.

La búsqueda del conocimiento ha sido históricamente excluyente, dejando a mayorías y minorías fuera del acceso y generación de saberes. Las ciencias se transformaron en privilegio de unos pocos, y se reprodujeron generación tras generación de la misma forma, con la consecuente exclusión de las mujeres, ocultas en una historia relatada por y desde los hombres, en la que la utilización de abstracciones generalistas que pretenden englobar una universalidad inexistente, se llena de prejuicios de clases, raza, edad, y por supuesto sesgos de género.

Lo anterior es escasamente reconocido por el mundo científico, masculino, haciendo oídos sordos de los análisis provenientes de teóricas feministas (Amorós, 1997; Oliva, 2009), ya que “la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos

discursos capaces de legitimarla” (Bourdieu, 1998: 22), siendo perfectamente perceptible en el lenguaje, en el uso y abuso de atributos masculinos que pretenden ser neutros, mientras que lo femenino debe ser explicitado y forzado en muchos casos.

El conocimiento científico ha devaluado los saberes femeninos, sin dejar emerger otras voces en torno al mismo, lo que resulta claro al recordar la labor de tantas mujeres a lo largo de la historia olvidadas y ocultas (González García, M. y Pérez Sedeño, E., 2002), lo que ha llevado a la construcción de conocimiento científico sin considerar las relaciones de género, plasmando postulados con base en lógicas patriarcales.

Existe una asociación arraigada en muchos sectores, que liga lo objetivo a lo masculino, estableciendo una relación entre masculino y científico, debido a la atribución de la masculinidad a la ciencia como dominio intelectual, en el que los esfuerzos creativos y académicos han estado atados, en la narración histórica más difundida, al dominio de los hombres: “una mujer que piensa científica u objetivamente está pensando como un hombre” (Fox, 1985:85).

Incluso, cuando se habla de ciencias duras, las objetivas, y de aquellas blandas, subjetivas, no se hace más que referir a la metáfora sexual, en la que lo duro es masculino y característica de los hechos; y lo blando es femenino, las emociones. Esta permanente discusión entre los conceptos de subjetivo y objetivo, tiene una relación con el género, desde donde se sitúa Harding para mostrar la existencia de antagonismos tales como científico versus objetos de conocimiento, razón frente a emociones, o la mente frente al cuerpo, afirmando que “en todos estos casos, el primer elemento se asocia con la masculinidad y el último con la feminidad” (1986:22).

En relación a la distinción entre sujeto y objeto, Bourdieu plantea que las mujeres en la historia aparecen como objetos que “permiten contribuir a la perpetuación o al aumento del capital simbólico atribuido por los hombres” (1998: 61). De esta manera, las mujeres han sido negadas como sujetos, aún cuando han sido protagonistas de los intercambios y las alianzas, produciéndose una asimetría en lo establecido entre este hombre: sujeto de la historia, y la mujer: objeto de intercambio. Sin mencionar que son estos intercambios los que han originado los grandes avances históricos y que aún sin reconocimiento, han sido centrales en la evolución humana, y por tanto, en el desarrollo de las ciencias.

La discusión sobre mujeres y ciencia visibiliza el escaso número de científicas reconocidas por la comunidad y también permite observar de forma concreta los obstáculos impuestos para el acceso de las mujeres al campo científico “perpetuando su inferior estatuto epistémico” (González García, M. & Pérez Sedeño, E., 2002).

Sandra Harding en 1996, plantea que la ciencia ha evidenciado la presencia de un conocimiento androcéntrico, y a su vez, denuncia la presencia de sesgos sexistas observables en algunas

teorías científicas, lo que impulsa a incorporar el género como variable y punto a considerar en la generación de conocimiento.

Lo anteriormente expuesto conlleva al cuestionamiento respecto a las consecuencias que producen las exclusiones de las mujeres en las ciencias, analizando tanto los sesgos sexistas y androcéntricos como los significados sexuales en el lenguaje y la práctica de la investigación en ciencias, trascendiendo a cuestiones epistemológicas, sobre el conocimiento y el sujeto cognoscente.

Se puede afirmar, tal como lo explicita Donna Haraway, que los feminismos tratan acerca “de las ciencias y las políticas de la interpretación, de la traducción, del tartamudeo y de lo parcialmente comprendido”, logrando visibilizar al “sujeto múltiple con (como mínimo) doble visión. Los feminismos explicitan una visión crítica consecuente con un posicionamiento en el espacio social generalizado no homogéneo” (1991: 336), siendo este posicionamiento un eje central en la búsqueda del conocimiento desde los enfoques feministas, lográndose apropiarse de discusiones no presentes en el ámbito científico, permitiendo visibilizar las posiciones excluidas al interior de las ciencias.

Desde los estudios feministas acerca de la noción de sujeto se postula que “uno de los cometidos irrenunciables del feminismo es la conquista por parte de las mujeres de ser sujeto, criticando y enfrentándose a una larga historia en el que hemos sido objetos” (Molina, 2001, citada por Oliva, 2009: 444), situación que es apreciable en filósofos relativamente contemporáneos, quienes utilizan la feminización como una estrategia retórica: “son conscientes de las dificultades epistemológicas (¿bajo que condiciones puedo hablar de la cuestión, yo que soy un hombre?), y de lo que se puede poner en juego políticamente” (Amorós, 1997:96).

Los feminismos defiende un sujeto histórico particular cuyo cuerpo, intereses, emociones y razón están organizados por su contexto histórico concreto, haciéndolo relevante para el desarrollo epistemológico (González García, M. & Pérez Sedeño, E., 2002). La relevancia de este sujeto cognoscente, con las características mencionadas, implica que el conocimiento es siempre “situado” (Haraway, 1991), condicionado por el sujeto y sus contextos particulares.

Desde el enfoque de Harding y otras feministas, se impulsa la *Teoría feminista del punto de vista* en la que se plantea que la situación de las mujeres les otorga un privilegio epistemológico, “un privilegio derivado de que desde su posición marginal, las mujeres pueden ver lo que a los hombres se les escapa desde sus posiciones de poder” (González García, M. et al, 2002).

Por otro lado, emergen *epistemologías feministas posmodernas*, que suponen que la ciencia está compuesta por negociaciones de intereses, más que descubrimientos, enfrentándose a tensiones derivadas del relativismo y el compromiso político como es posible de observar en la

obra de Haraway (1991). Así, uno de los principales rasgos de las epistemologías feministas es el compromiso político, que persigue el cambio y la transformación social, siendo uno de los caracteres principales que las distinguen de otros tipos de teorías del conocimiento.

## Feminización del Trabajo Social

Al introducir este elemento se debe mencionar que la división social y científica del trabajo es uno de los aspectos definitorios de la Modernidad (Lorente, 2004: 39), desde ahí es posible entender cómo esto influye en las formas en que se organizan las profesiones en las sociedades contemporáneas.

Anteriormente se planteaba que el género es un factor estructural y estructurante en las prácticas profesionales, en este sentido, la división del conocimiento implica:

*...una asignación por género de los saberes considerados valiosos, abstractos analíticos, trascendentes, productivos y transformadores frente a los que se consideran cotidianos, repetitivos, complementarios o asistemáticos, adjetivaciones que proyectan una concepción ideológica sobre el valor de los saberes y los jerarquiza genéricamente en nuestras sociedades (Lorente, 2004: 40).*

De esta forma, los saberes no se realizan de manera disociada a los sujetos que les producen. Las profesiones feminizadas han sido ubicadas en la parte más baja de la jerarquía, quedando en evidencia al establecer relaciones entre variables como prestigio y salario.

La feminización “trata de la asignación de valores culturalmente considerados femeninos a las relaciones sociales y por esa vía a las profesiones” (Lorente, 2004: 40). Así, la feminización del Trabajo Social hace referencia las características de género que condicionan su funcionamiento, desarrollo y presencia social (Grassi, 1989; Lorente, 2004).

Las profesiones feminizadas han sido denominadas semiprofesiones, distanciándolas y desvalorizándolas por debajo de otras que sí llevan el calificativo de profesión, sin medias tintas. Una semiprofesión está incompleta, requiere de la complementariedad por parte de otro. Esto es evidente en el caso de la construcción del Trabajo social, el que como se revisaba en la historia, surge al alero de médicos, constituyéndole como práctica paramédica y en ocasiones, parajurídica. Así, la semiprofesionalidad justifica la supervisión de las prácticas requiriendo de tutela, supervisión y generación de conocimiento por parte de otras profesiones con carácter superior (Wilensky, 1964, en Lorente 2004: 44).

Estos aspectos, afectan las posibilidades de generar conocimiento disciplinar por parte de las profesiones feminizadas, colocándoles en una posición subalterna, cargándoles de obstáculos ya que “sus posibilidades de crecimiento pasan por el control estratégico de otras profesiones que no muestra interés, precisamente, en soltar amarras de otros grupos profesionales, máxime si estos les brindan jerarquía y poder adicional” (Lorente, 2004: 45).

No se intenta decir con esto que no se genere conocimiento disciplinar, si no por el contrario, que este conocimiento ha sido subalterno, subordinado y sometido. En ello radica la dificultad de su valorización como conocimiento científico y epistémico.

## Hacia un Trabajo Social que visibiliza lo femenino

Existe la tendencia a reflexionar poco respecto a la perspectiva de género en Trabajo Social, como si se diera por hecho, que la composición femenina de sus agentes, es presencia suficiente de la discusión de género en el seno de la profesión.

Es necesario tomar en consideración, que desde los orígenes de la modernidad, las mujeres han accedido, hasta el día de hoy, a oficios y trabajos que bien pueden ser una continuación de lo que es comúnmente asociado al ejercicio de su rol femenino, de madre y de esposa, relacionándose con profesiones y ocupaciones que socialmente están significadas como femeninas (Genolet, 2005), ligadas a lo maternal, al cuidado de los otros, las otras, tal y como se ve en la revisión realizada de los orígenes del Trabajo Social en Chile.

Es reconocida la participación de las mujeres en la función pública, en los servicios, ámbitos en los que tienen una gran presencia, pero, también lo es el que suelen ocupar cargos y posiciones menos favorecidas, reservándose las jerarquías y direcciones a hombres (Bourdieu, 1998: 115), lo que a pesar de la incidencia de un discurso político integrador que pretende compensar esta situación, fomentando cambios sustanciales al respecto, no ha logrado cambios importantes, produciéndose transformaciones a un ritmo extremadamente lento.

También es justo decir que dependiendo de la ocupación, hay un distinto reconocimiento social, según sea desempeñado por hombres o mujeres. Esto tiene correlación con lo que plantea Bourdieu al establecer un vínculo entre la masculinidad y la nobleza, mostrando que cuando los hombres se apoderan de tareas asociadas con lo femenino, y las realizan fuera de la esfera privada, estas se ven “ennoblecidas y trasfiguradas” llenándose de connotaciones masculinas y viriles (1998:96).

La división del trabajo según el género, y el simbolismo de género del que participa la ciencia en sí misma, son responsables de la mínima participación de las mujeres en las ciencias,

como reflexiona Harding: “mientras no se considere que el “trabajo emocional” y el “trabajo intelectual y manual” de la casa y del cuidado de los hijos constituyen unas actividades humanas deseables para todos los hombres; el “trabajo intelectual y manual” de la ciencia y de la vida pública no parecerán actividades potencialmente deseables para todas las mujeres” (Harding, 1996: 48).

Y es esto lo que sucede con el Trabajo Social asociado con el cuidado de otros y otras, establecido fuertemente en el ámbito de los servicios, del servicio público; con escaso reconocimiento social y asociado al trabajo emocional, no al intelectual.

Sin embargo, existe poco cuestionamiento al respecto, y poco se visibiliza las tensiones que implica la consideración de perspectivas de género en Trabajo Social, tomando en cuenta que las profesiones y los oficios son procesos identitarios que se manifiestan en diversos aspectos, surgiendo la pregunta de: “¿cómo este cuerpo y el ser femenino marcan los procesos identitarios de una profesión social?” (Aguayo, 2009: 156). Nuestros cuerpos hablan, nos delatan: “los gestos, las manos, la mirada son universos simbólicos de un significado más profundo, de una vivencia subyacente que es preciso de-velar (...) donde el tiempo, los símbolos, la vivencia del otro construyen el quehacer profesional” (Aguayo, 2009: 158). En este sentido, se deben respuestas desde el Trabajo Social a las diversas inquietudes que plantean las teóricas feministas, en el que se hagan evidentes los significados y re-significados del cuerpo femenino, delatando la historia de su quehacer profesional.

Lo complejo es que la estrategia retórica no es sólo usada desde los científicos. En nuestro caso particular, encontramos innumerables ocasiones en las que el Trabajo Social presenta graves dificultades en su reconocimiento como sujeto, no sólo en sus prácticas cotidianas, sino también en la generación de conocimiento teórico. En otras palabras el trabajo social presenta dificultades en la valorización de sí mismo como profesión y disciplina, dado que sigue pensándose como un objeto más que un sujeto.

Desde un inicio, y tomando en cuenta la historia aquí presentada sobre el proceso de construcción del trabajo social chileno, se puede observar que las primeras escuelas de servicio social no pretendían forjar conocimiento (ni práctico ni teórico). La formación las excluía de la comunidad científica, en una posición de subalternidad frente a otras profesiones y saberes. Sin embargo, el conocimiento se genera de igual forma, emergiendo a través de las sistematizaciones y reflexiones que realizaban las visitadoras sociales en las primeras publicaciones (como la revista *Servicio Social*, la que aparece por primera vez en el año 1927). Este conocimiento, estas primeras reflexiones están teñidas de los elementos contextuales ya mencionados y de visiones funcionalistas y asistencialistas, pero también se puede observar un posicionamiento crítico de las visitadoras sociales de hace sesenta años, críticas a la realidad social a la que se enfrentaban, con claridad respecto a la lucha por conseguir derechos políticos

y civiles, críticas respecto de su rol en la sociedad, pero por sobre todo reflexivas respecto de la responsabilidad en la práctica de una ética de los cuidados.

Estos testimonios, estos saberes locales y femeninos de las visitadoras sociales han sido invisibilizados y ocultados. Primeramente por la desvalorización que de los mismos realizaba el sistema patriarcal; en segundo lugar por una Dictadura que se encargó de sepultar al trabajo social cerrando escuelas, quemando memorias y haciendo desaparecer a muchas de las nuestras (quitando además el rango universitario recién recuperado en 2004 con no pocos problemas que persisten hasta la actualidad), y en tercer lugar, porque las mismas escuelas han pretendido durante los ochenta y noventa una visión neutral, aséptica y tecnológica que instó a convertirnos en objeto (y volcarnos desesperadamente en esa búsqueda), dejando de lado cualquier atisbo de subjetivación.

El reconocernos como sujetos permitiría visibilizar sesgos sexistas y androcéntricos inmersos en las intervenciones desde el trabajo social así como en las investigaciones realizadas. De esta forma el análisis desde el trabajo ha de retomar lo planteado anteriormente por González García y Pérez Sedeño (2002) aunque en otros términos; el trabajo social en tanto disciplina es también un sujeto histórico particular cuyo cuerpo, intereses, emociones y razón están organizados por los contextos históricos concretos, haciéndole relevante para su propio desarrollo epistemológico.

La reflexión acerca del quehacer profesional y sobre nuestras constituciones y desarrollos no puede ser realizada desde solo una dimensión, debido a las limitaciones que este tipo de razonamiento presentaría “pero comprendida conjuntamente con el análisis que posibilitan las teorías de género, permite visualizar cómo la historia de la profesión, íntimamente ligada con el contexto, incluye los cambios que hombres y mujeres van produciendo en el trascurso del tiempo” (Genolet, 2005: 44).

## A modo de conclusión

Tal y como se presenta al inicio de esta reflexión, y a luz de la revisión del contexto chileno en el que emerge el Trabajo Social, se puede establecer que la profesión surge y toma cuerpo en mujeres, provenientes mayoritariamente de las clases altas de la sociedad, en las que la caridad eclesíastica se transforma a lo largo de los años en beneficencia que reconocía positivamente el colaborar con aquellos carentes de todo (principalmente de alimento para el alma desde la perspectiva de la fe católica), siendo símbolo de status y reconocimiento social.

Las características de quienes fueran precursores del Servicio Social y la conformación de las primeras escuelas en Chile y Latinoamérica, responden a una visión particular de las mujeres, y

de sus funciones en la sociedad en general, las que son visibilizadas a partir de roles secundarios que adoptarían en los primeros años de la profesionalización.

El surgimiento de las primeras escuelas de formación profesional, evidencia las visiones androcéntricas de la ciencia a las que hacen referencia las posturas feministas. El inicio de la profesión tiene relación con la medicina, respondiendo a un contexto histórico adverso en materias de higiene y salud pública, pero por otra parte, válida técnica y científicamente saberes y prácticas que hasta ese momento eran desarrolladas de “buena voluntad”.

Vemos así que la única forma de que surgiera el Trabajo Social en gran parte de América latina, era de la mano de hombres reconocidos por la comunidad científica y social como nobles y de excelencia, médicos que curaban, extranjeros y deseosos de poner prácticas nuevos conocimientos. En otras palabras, lo mejor de la sociedad al servicio de la instrucción de mujeres que intervendrían con los más excluidos de la misma. Razón tenía Illanes, al plantear certeramente, que es el inicio de la utilización de las mujeres en políticas públicas, porque claramente conlleva un análisis de lo esperado de la labor de estas mujeres, en torno a apaciguar los conflictos sociales que pudiesen generarse como consecuencia de la implementación de las distintas acciones provenientes de los grupos de poder, a los cuales pertenecían en un origen, y que posteriormente eran quienes les entregan su instrucción.

Las primeras Visitadoras Sociales ocupan un rol poco visibilizado en la implementación de las políticas gubernamentales de aquellos años, pero coherente con la posición de las mujeres en el devenir de las ciencias y del ordenamiento social. Durante siglos la participación de las mujeres en las ciencias ha sido obstaculizada, invisibilizada, sin mayor conciencia por parte de la comunidad científica conformada por hombres, lo que origina hasta el día de hoy estudios llenos de sesgos y prejuicios, sin detenerse en los mismos. Por lo que el surgimiento de posturas feministas ha puesto énfasis tanto en las dificultades del acceso de las mujeres a la ciencia, como en estas posiciones androcéntricas y excluyentes.

Los estudios de mujeres han permitido una alternativa en la revisión epistemológica de las ciencias, visibilizando aquellos aspectos históricamente ocultos, en lo que respecta a los objetos de conocimiento como en los sujetos cognoscentes, haciendo un cambio relevante debido a que las mujeres siempre han aparecido como objetos de conocimiento, y muy pocas veces como sujetos del mismo. El sujeto planteado desde los feminismos, es un sujeto situado, histórico y político, con cuerpo y emociones, lo que es un cambio relevante en la epistemología tradicional.

Reconocer que las exclusiones que siglo tras siglo han vivenciado las mujeres y que son propias del Trabajo Social, implica reconocer un cuerpo femenino que incide y da carácter a la profesión, cuerpo en el que quedan registradas cada una de las luchas dadas. Este reconocimiento da

cabida a la diversidad, a la oposición a lo universal, a las inclusiones, a los empoderamientos.

La incorporación de perspectivas feministas en Trabajo Social es una invitación a la revisión de las formas de quehacer profesional, en las que sólo el compromiso político y social puede concretar las verdaderas transformaciones.

La intervención realizada por las Trabajadoras y Trabajadores Sociales no puede ser una acción política e histórica, transformadora, sin que ésta no tome en cuenta una reflexión epistemológica feminista que visibilice aquellos aspectos ocultos tras siglos de historia androcéntrica y excluyente, exclusiones que como se ha mencionado han sido y son exclusiones del propio Trabajo Social.

La constitución de un Trabajo Social feminizado permite evidenciar la posición subalterna que presenta la profesión. Este es un aspecto importante de considerar en los debates disciplinares sobre el Trabajo social.

El Trabajo Social y su feminización no pueden ni debe silenciarse respecto a temáticas que requieren de un posicionamiento tanto político como consciente, en las que las lógicas excluyentes aparecen día a día. La enormidad de temas que trata el Trabajo Social y que pueden abordarse desde una perspectiva de género es un aliciente para que éste sea tomando en serio por la profesión.

Es necesario transformar y recrear las relaciones sociales de tal manera que se avance hacia la igualdad en términos de género. Lo dicho anteriormente se manifiesta en la práctica de un Trabajo Social que considere aspectos relevantes de las teorías feministas, incidiendo tanto en la definición de problemas sociales, en el trabajo comunitario, en el asesoramiento y en el Trabajo Social institucional, generando aportes a la profesión, desafiado y cuestionando la distribución real del poder y de los recursos, produciendo una transformación crítica en la naturaleza de las relaciones de poder que rodean el trabajo de definición de los problema sociales.

Posicionarse desde una mirada feminista en Trabajo Social requiere de un esfuerzo constante de revisión de las prácticas, de los objetos y sujetos de estudio, de las formas de conocer, comprender y actuar en lo social.

## Bibliografía

- Aguayo, C. (2007). *Las profesiones modernas: dilemas del conocimiento y del poder: un análisis para y desde el trabajo social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Amorós, C. (1997). *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Castañeda, P. y Salamé, A. (2010). “Perspectiva histórica de la formación en Trabajo Social en Chile”. En: *Revista electrónica de Trabajo Social*, Volumen 8, 2010. Concepción: Universidad de Concepción. [En línea]: <http://www.trabajosocialudec.cl/rets/wp-content/uploads/2010/12/historiaformacion.pdf> [03 de diciembre de 2011 ].
- Fox, E. (1989). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Genolet, A., Lera, G., Gelsi, M., Musso, S. y Schoenfeld, Z. (2005). *La profesión del Trabajo Social ¿cosa de mujeres?: estudio sobre el campo profesional desde la perspectiva de los trabajadores sociales*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- González García, M. y Pérez Sedeño, E. (2002) Ciencia, Tecnología y Género. *Revista Iberoamericana de Ciencia Tecnología, Sociedad e Innovación*. Número 2 / Enero – Abril. En: <http://www.oei.es/revistactsi/numero2/varios2.htm#3a> [12 de febrero de 2010.]
- González, M. (2010). *Historias del Trabajo Social en Chile, 1995-2008. Contribución para nuevos relatos*. Santiago de Chile: Ediciones Técnicas de Ed. Superior.
- Grassi, E. (1989). *La mujer y la profesión de Asistente Social. El control de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Hvmánitas.
- \_\_\_ (1995) “Trabajo Social e Investigación. Una relación necesaria”. En: *Perspectivas. Revista de Trabajo Social*. Santiago de Chile: Universidad Blas Cañas.
- Haraway, D.J. (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Harding, S. (1986). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata, 5ª ed. 1996.
- Illanes, M. (2007) *Cuerpo y Sangre de la Política. La construcción de las visitadoras sociales (1887-1940)*. Santiago: Editorial Lom.
- Leyton, D. y Montt, C. (2008). “Caridad, beneficencia y asistencia social: del trabajo voluntario al trabajo remunerado en el campo de la intervención social en Chile”. *e-1@tina*, Vol. 6, núm. 23, Buenos Aires, abril-junio de 2008. [En línea]: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/hemeroteca/elatina/elatina23.pdf> [17 de febrero de 2010].

Lorente, B. (2004). "Género, ciencia y trabajo. Las profesiones feminizadas y las prácticas de cuidado y ayuda social". En: *Scripta Ethnological*, año 7 vol XXVI. Buenos Aires: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Maza, E. (1995). "Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile". En: *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995). Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.

Oliva, A. (2009). *La pregunta por el sujeto en la teoría feminista. El debate filosófico actual*. Madrid: Editorial Complutense.

Rocha, V. (2002). "Las Mujeres en la Construcción del Estado Benefactor: Las Visitadoras Sociales y los Frentes Populares (1938-1948)". En: *Cyber Hvmnitas*. Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. [Revista electrónica], 2. En: <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/19/vrocha.html> [16 de febrero de 2010].

Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile. Tomo IV, Hombría y feminidad*. Santiago de Chile: LOM ediciones.

Torres, J. (1985). *Historia del Trabajo Social*. Buenos Aires: Editorial Hvmnitas.